

# Tras la línea

## Sexto sentido

Sergio González Rodríguez

Terminaba el invierno en Nueva York en 1995, y el viento helado se colaba por los resquicios de las puertas y ventanas del departamento situado en la orilla de Greenwich Village.

Al anochecer y por las mañanas, veía reunirse en un parque cercano al mismo grupo de jóvenes negros que, vehementes y cubiertos con prendas gruesas, gorros y guantes multicolores, intercambiaban pequeñas bolsas de papel por billetes verdes.

A través de la ventana del cuarto de dormir los atisbaba oculto tras la cortina. De cuando en cuando, alguno de ellos volteaba alrededor en una acción vigilante. La urbe se hallaba entonces en un proceso regenerativo para combatir el crimen, que culminaría en imponer una de las primeras ciudades globales del planeta a costa de su carácter tradicional de barrios y calles donde la transgresión a las normas se vinculaba con la liberalidad de los usos del cuerpo.

Desaparecía poco a poco la ciudad de claroscuros que recrearon la narrativa policial, el cine de Hollywood y la época de oro de los cómics con sus extrañezas étnicas, restaurantes sombríos, evocaciones de la Gran Depresión, y el influjo de los años de guerra, el surgimiento del jazz como aviso de la emergencia interracial, los bajos fondos del crimen y la sexualidad prohibida con sus edificios de ladrillos rojos, *art déco* o neogóticos. Todo aquello comenzó a verse desplazado por los rascacielos ultramodernos y las nuevas reglas de cero tolerancia a lo anómalo.

Cada noche, al llegar al departamento que alquilé durante varios días, concluía mi jornada de paseos por librerías y museos frente a dicha ventana. Y allí estaban

los jóvenes negros inmersos en sus rutinas de supervivencia, ajenos a mi lectura de su índole espectral. En breve, todo cambiaría en su mundo.

La inadvertencia del fantasma respecto de su propia condición es otro de los temas de la literatura sobre espectros. En *El burdel de las gitanas*, el libro de relatos crípticos de Mircea Eliade, un hombre descubre de pronto que está muerto mientras realiza sus actividades acostumbradas. La culpa, el desconcierto, el asomo de la felicidad, el estupor de la muerte, los recuerdos de amores perdidos se le agolpan en un tiempo simultáneo que lo conducirá a un vagabundeo espectral entre los vivos, donde estos parecen no darse cuenta de la condición evanescente del hombre.

En un rincón de su memoria, los jóvenes negros de entonces continúan su rutina cotidiana ya estacionada en el tiempo, y vuelven a realizar una y otra vez sus mismas actividades, desplazamientos, palabras, gestos. Lo sé porque fui el intruso intempestivo que ahora mismo los observa. No importa que alguno de ellos haya muerto, y que el resto envejezca en una vivienda miserable o haya encontrado placidez en una prisión, pues desde una dimensión alterna, la de los fantasmas y los deseos, el tiempo se mantiene vivo y reiterado, como me consta a mí en este instante. Le denomino el efecto Morel, que supo consignar Adolfo Bioy Casares en *La invención de Morel* con la historia del científico que, mediante una máquina prodigiosa, logra reproducir una secuencia larga de la vida de la mujer amada que aparece y desaparece en forma circular. El intruso que observa el invento termina por enamorarse también de aquella, Faustine de nombre, que concita al menos dos

fantasmas en su propio espesor de humo y polvo.

A principios del siglo XXI se hizo famosa una película de fantasmas, *Los otros*, de Alejandro Amenábar, que se dijo en su momento estaba inspirada en dos relatos clásicos de la literatura fantástica de más de un siglo atrás, uno de Henry James (*Otra vuelta de tuerca*) y otro de Rudyard Kipling (“Ellos”). En ambos la ambigüedad frente a lo real y lo espectral, el umbral de lo incierto surgen para desconcertar la percepción de la lectura donde la voz que narra o quien interpela al narrador es el vehículo que asedia el principio de verdad.

El filme citado reitera el motivo de la mansión misteriosa tanto como la visita a un ámbito convergente donde hay fantasmas ciegos al mundo de todos los días. El acontecer de la existencia refiere a la posibilidad de que más de una realidad habite en nuestra cotidianidad sin que seamos capaces de advertirlo, mucho menos de comprenderlo.

Con el advenimiento vasto de lo urbano desacralizado y profano, la técnica y la razón moderna, su modelo de verificación experimental que declara falsos o verdaderos a los fenómenos, la gente se dividió en dos: quienes advierten y creen en los fantasmas y quienes los niegan y rechazan. El adelgazamiento mental que indica la segunda postura establece de antemano la inexistencia espectral y, por lo tanto, se muestra incapaz también de notar el estatuto espectral del propio ser humano. Lo anticipó Pascal Quignard: el espanto es el signo del fantasma.

Años atrás, sentado frente al escritorio de mi recámara en un cuarto piso, de cara a la ventana y de espaldas a la puerta, leía un libro del que ahora olvido su título

y su tema. Había anochecido y estaba solo, y de la calle apenas se filtraban sonidos lejanos de autos en la avenida. Mi placidez se vio interrumpida por un erizamiento de los cabellos en mi nuca y un temblor se apoderó de mí. La sensación nada tuvo que ver con la lectura ni el tema del libro: recuerdo la claridad de un hálito de pavor exterior que me rodeó y se impuso. Algo sobrenatural y desafiante del tiempo. Luego de un instante de parálisis, me levanté y cerré la puerta del cuarto, atónito. Aún me pregunto qué fantasma fue aquel que se filtró aquel anochecer y desató tal reacción instintiva de mi cuerpo.

Mi hermana decía que en ese departamento se oían voces o sonidos extraños, tocaban a la puerta y, al abrir de inmediato, nadie estaba ni se escuchaban pasos. El barrio de Xoco había estrenado su acento moderno pocas décadas atrás, ya que hacia 1970 comenzó a llenarse de edificios multifamiliares lo que antes fueron llanos que albergaron ladrilleras artesanales y predios para uso industrial en las inmediaciones del Río Churubusco y Coyoacán.

En Xoco hay enterramientos precortesianos ahora sepultados por construcciones crecientes, y en la capilla de San Felipe se celebran cada año ritos del sincretismo náhuatl y católico. Jirones fantasmagóricos de un tiempo que se extingue y, a la vez, reclama su vigencia.

En 1999 se estrenó otra película de fama: *El sexto sentido*, de M. Night Shyamalan, en la que el tema de la inadvertencia de lo espectral ocupa el contenido. Un psicoanalista es agredido de un tiro de bala por un ex paciente que le reclama no haberle ayudado. Enseguida, el sujeto se suicida. El psicoanalista retoma su rutina y llega a tratar a un niño que tiene alucinaciones como las del agresor. El niño confiesa: “Veo gente muerta, caminando como gente normal. Ellos ignoran que están muertos”. Bajo el esquema de “otra vuelta de tuerca”, el filme busca descentrar de sus certezas a los espectadores y, en particular, resuena la pregunta acerca del distinguo entre la vida y la muerte, o la de la materialidad falaz de la propia vida, en ese linde donde reaparece el aserto de Agus-

tín García Calvo: “eso que llamamos realidad sólo por un acto de fe”. O bien, para reiterar a R. Buckminster Fuller: la física no ha encontrado líneas rectas, sólo ha encontrado ondas; la física no ha encontrado sólidos, sólo campos de acontecimientos de alta frecuencia. El universo no se ajusta a un marco de referencia tridimensional perpendicular-paralelo. El universo de la energía física se expande siempre de forma divergente (radiante), o se contrae de forma convergente (gravitatoria). De eso hablamos cuando hablamos de fantasmas.

En 1910 Albert Einstein y Arnold Sommerfeld idearon un dispositivo teórico que podría enviar señales al pasado a partir del uso de taquiones (una partícula que en términos hipotéticos pudiera moverse más rápido que la velocidad de la luz): un “antitélefono taquiónico” ([https://en.wikipedia.org/wiki/Tachyonic\\_antitelephone](https://en.wikipedia.org/wiki/Tachyonic_antitelephone)). La máquina de Morel y el efecto consecuente serían algo semejante. La expresión “los fantasmas del pasado” tendría así una posibilidad física de corporeizarse o al menos de desplegarse ante nuestros ojos, como en el caso de Bioy Casares, como una holografía de alta definición.

Cierro los ojos ahora y vuelvo a ver a los jóvenes negros que hacen aspavientos al hablar y emiten palabras que se disuelven en el vaho. Bajo el efecto Morel, una y otra vez repetirá aquella escena en mi memoria, eco de mi intrusión en su vida dos décadas atrás. Ocho años después de aquel viaje a Nueva York, volví al mismo departamento: la ciudad se había transformado de modo radical. Poco o nada quedaba de lo que, entre otros, había registrado Paul Auster en *La Trilogía de Nueva York*, y que Luc Sante describe así en “My Lost City”: “No vivo más en Nueva York, y tengo problemas para ir y caminar allá porque las calles están demasiado obsesionadas por los fantasmas de mi propia historia con la ciudad. Yo no nací en Nueva York, y nunca he podido vivir allá de nuevo, y sólo de pensarlo me pone triste porque la ciudad me cambió para siempre. Mi imaginación está casada con ella, y la llevo como una cicatriz”. La cicatriz del espanto pasado y futuro. **U**



Greenwich Village, Nueva York